

autoridad de la Santa Sede y vigilar, cerca de los soberanos y de las nacionalidades, por la integridad de los intereses de la religion. Poco antes de su muerte, san Leon Magno habia hecho abolir la costumbre que se iba introduciendo en las iglesias de leer públicamente los pecados de los que estaban sometidos á la penitencia canónica. El papa declaró que habia que limitarse á la confesion secreta, hecha á un sacerdote aprobado, la sola necesaria.

§ II. PONTIFICADO DE SAN HILARIO (10 de setiembre de 461-17 de noviembre de 467).

9. Se eligió por sucesor de san Leon al arcediano Hilario, que habia sido uno de los legados de la Santa Sede en el famoso *latrocinio de Éfeso*, y cuya conducta en aquella circunstancia habia sido tan noble como valerosa (10 de setiembre de 461). Apenas en el trono pontifical, Hilario escribió á todas las iglesias de Oriente una epístola decretal donde confirmaba los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia; condenaba á Nestorio, á Eutiques con sus adherentes, y recordaba el gran principio de la autoridad y principado de la silla apostólica, como base y centro del gobierno de la Iglesia. Dirigia al mismo tiempo á los obispos de Occidente una circular para informarles su promocion al pontificado. « Como la Iglesia romana es » madre de todas las demás, le respondia Leoncio de Arles, » nos vemos colmados de júbilo al saber que en medio de esta » gran consternacion del mundo, en esta intensa enfermedad » del siglo, hayais sido promovido para juzgar los pueblos y » dirigir las naciones en sus caminos de la tierra. »

10. La dificultad de los tiempos, de que habla Leoncio de Arles, estaba complicada por los acontecimientos políticos y por la invasion mas y mas amenazante de los Bárbaros. Resonaba por todo el imperio el ruido de las armas, y ya no se mandaba por los emperadores mismos, que en el Occidente se sucedian al capricho de las intrigas del ministro godo Ricimero. En medio de esta decadencia general, san Hilario llevó con mano firme las riendas del gobierno eclesiástico. Los actos de su

corto pontificado tienen todos por blanco estrechar mas y mas los lazos de la jerarquía, mantener al frente de las diócesis preladados capaces y celosos, impedir los estragos de la herejía. En 460, Rústico, obispo de Narbona, habia solicitado del papa san Leon autorizacion para dejar su obispado y retirarse del mundo. El santo Padre se lo negó, instándole á que pospusiese su interés personal al bien general de la Iglesia. Rústico se resignó. En 461 consagró á su arcediano Hermes, obispo de Beziers; mas los habitantes de esta ciudad rehusaron recibirle. Entretanto llegó á morir Rústico, y Hermes se hizo elegir para sucederle en Narbona. Esta traslacion fué delatada al papa san Hilario como contraria á las reglas canónicas. Partieron para Roma dos obispos, Fausto de Riez y Auxiano de Aix, para dar curso á estas diligencias. Asistieron á un concilio que el papa celebraba á la sazón (19 de noviembre de 462). La causa de Hermes fué examinada, y el papa hizo saber á los obispos de las provincias de Viena, Leon, Narbona y de los Alpes el resultado del concilio. Se convino en que quedaria Hermes en la silla de Narbona para bien de la paz y por indulgencia con el nuevo obispo. Mas temiendo que este ejemplo no tuviese consecuencia en imitarse, se resolvió que Hermes, mientras viviese, no tendria poder de ordenar los obispos de su provincia; y que este poder se transfiriera al obispo de Uzés, como al mas anciano de la provincia. Despues de la muerte de Hermes, el derecho de ordenar debia volver al obispo de Narbona, como metropolitano. Era en esta época tanto mas importante mantener la subordinacion jerárquica, cuanto que cambiaban con las frecuentes revoluciones las provincias de los soberanos temporales. Así es que los papas vigilaban mucho sobre este punto: san Hilario lo probó contra Mamerto, obispo de Viena, cuyo nombre fué insertado despues en el catálogo de los Santos, y que acababa de instituir la fiesta de las *Rogativas*, procesiones anuales para atraer la bendicion de Dios sobre los frutos de la tierra. En su calidad de metropolitano de Viena, san Mamerto queria extender su jurisdiccion á la iglesia de Die (*Dea Vocontiorum*); y ordenó un

obispo á pesar de la resistencia de los ciudadanos. Leoncio de Arles, á quien realmente pertenecía este derecho, lo defirió al papa, que reprendió la conducta de san Mamerto, y mandó que por entonces la eleccion del obispo de Die fuese confirmada por Leoncio de Arles.

11. Los mismos principios jerárquicos se aplicaban por san Hilario contra Silvano, obispo de Calahorra en España. Habia ordenado tambien á un obispo sin el consentimiento del metropolitano de Tarragona, de quien dependia. Este negocio, examinado en Roma (465), se resolvió como el de san Mamerto; y el obispo elegido fué enviado ante el metropolitano para alcanzar la confirmacion de su autoridad. — Otra violacion de los cánones fué denunciada al concilio de Roma respecto de la iglesia de Barcelona. Nundicario, su último obispo, habia manifestado, ya moribundo, el deseo de tener por sucesor á Ireneo, obispo ya de otra ciudad: se verificó pues la translacion de Ireneo á la silla de Barcelona por respeto á este deseo. Algunos ejemplares de hechos semejantes daban cierto color de regularidad á esta translacion. Mas para precaver en lo sucesivo semejantes abusos, el papa declaró nula la translacion de Ireneo, y mandó elegir en la forma ordinaria un obispo de Barcelona, para protestar solemnemente contra toda tendencia á mirar el obispado como hereditario; y á abajar, degradándola, la dignidad conferida por Cristo, á un simple legado de testador. Para asentar mas sólidamente las reglas canónicas y la observancia de estos decretos en España, san Hilario envió á esta provincia al subdiácono Trajano, como legado suyo. — Recomendaba al mismo tiempo la celebracion de concilios provinciales, como una de las medidas mas propias para mantener en las diversas iglesias el verdadero espíritu de religion y disciplina.

Es muy notable en la historia de la Iglesia que el desarrollo progresivo y regular de sus instituciones, disciplina, liturgia, sea en razon directa de la libertad dejada á los obispos de reunirse en concilios por medidas de interés general. Cuantos males producía la presion del poder temporal en los concilios bajo

príncipes tales como Constancio y Valente, tantos y mas bienes y felicísimos resultados producian los concilios reunidos libremente y sin entrabas, para el bien de la Iglesia, la unidad de direccion en su gobierno, y ventaja espiritual de los fieles. Las Galias entraron de lleno en las miras de san Hilario. Los concilios de Arles, de Tours, de Vannes, celebrados en esta época, testifican á la vez su celo en seguir el impulso dado por la Santa Sede, y el vigor apostólico con que sostenian incontrastables las reglas de la disciplina canónica. El concilio de Arles fija una cuestion de jurisdiccion episcopal respecto de los monasterios con motivo de la famosa abadía de Lerins. Fué decidido que solo el obispo de Arles tenia derecho de ordenar en él clerigos de diversos órdenes; pero que los monjes legos quedarian bajo la autoridad y conducta del abad, sin que el obispo se ingriese ni en su eleccion ni en su gobierno. — El concilio de Tours renueva las ordenanzas relativas á la continencia de los clérigos; les prohíbe dejar sus diócesis sin conocimiento de su obispo; fija los grados de la jerarquía eclesiástica y los derechos de las diversas jurisdicciones. El concilio de Vannes confirmó la mayor parte de lo dispuesto en Tours; é hizo extensiva á los monjes la prohibicion de viajar sin cartas *recomendaticias* de su obispo. Es de notar un ordenamiento particular relativo á la adivinacion ó *suerte de santos*. No es indiferente hacer observar que esta costumbre supersticiosa principió á verse en el Occidente en una época en que los acontecimientos presentes, llenos de disturbios y angustias, impelian naturalmente á los espíritus á conocer lo venidero. Por otra parte, la profunda turbacion acarreada en el mundo político por la invasion de los Bárbaros, tenia necesariamente por rechazo ó contrapeso cierta reaccion en el mundo moral é intelectual que lo nivelaba.

12. El Oriente, durante el corto pontificado de san Hilario, ofrece un intervalo de tregua harto raro en su historia, durante el cual parecian dormitar las herejías. Los Bárbaros, que preparaban su grande invasion en Roma, parecia desdeñaban el imperio griego. Dos catástrofes acontecieron en este período:

la casi total ruina de la floreciente y rica ciudad de Antioquía por un espantoso terremoto que destruyó la mayor parte de sus monumentos, y un incendio en Constantinopla durante siete días que devoró ocho de los catorce barrios de esta opulenta ciudad. Estos dos desastres dieron lugar á un prodigio igual de caridad. San Simeon Estilita moraba cerca de Antioquía: un gentío inmenso acudió, despues de la ruina de esta, á buscar al pié de la milagrosa columna del Estilita refugio contra la cólera del cielo. « No creo, dice un testigo de vista, que » de memoria humana haya habido en el desierto asamblea » tan numerosa. Parecía que Dios hubiese arrancado de su » nativo suelo á todas las naciones para reunir las bajo la tu- » tela de su siervo. » San Simeon hizo proveer por medio de sus discípulos á las necesidades de aquella innumerable muchedumbre, cuyos ánimos esforzaba con sus discursos, sus fervorosas oraciones y su celo caritativo. Este concurso cerca del solitario duró cincuenta días, despues de los cuales les exhortó á la observancia de los mandamientos de Dios y de las virtudes cristianas; luego añadió: « Volveos ya á vuestras » casas; continuad vuestros negocios y que los jornaleros » vuelvan á sus trabajos, que Dios se compadecerá de vos- » otros. » Un mes despues, san Simeon Estilita vió llegar la hora de su muerte; y echando una ojeada á las cuatro partes del mundo, al que bendijo, reposó su cabeza en uno de sus discípulos y espiró. — Otro émulo de su virtud, imitador de su género de vida, se habia fijado cerca de Constantinopla; y era Daniel Estilita. Despues del incendio que arrasó los dos tercios de la capital, los habitantes fueron tambien á ponerse bajo la proteccion de san Daniel, que parecia ofrecer entre la tierra y el cielo en expiacion á la justicia divina las súplicas y lágrimas de los hombres. El emperador Leon Tracio vino tambien allí con la emperatriz para suplicarle intercediera en favor de su pueblo: la oracion de un santo monje fué un escudo para el imperio (465).

El conde Ricimero acababa de colocar en el trono un nuevo simulacro de emperador: y era Antenio, yerno de Marciano

al que llamó desde Constantinopla para revestirle de un poder efimero. Antenio trajo consigo un hereje macedoniano, llamado Filoteo, que queria á favor del crédito de que gozaba en la corte introducir en Roma su herejía. San Hilario reclamó enérgicamente contra esta tentativa. Cierta dia en que Antenio asistia á una ceremonia en la basílica de san Pedro, el papa le interpeló públicamente, y le hizo prometer oponerse á la tentativa de los Macedonianos. Este acto de vigor apostólico terminó la carrera del santo Pontífice, que murió el 10 de setiembre de 467. San Hilario habia mandado establecer dos bibliotecas en la basílica de Letran. De este modo el pontificado abria un asilo á los tesoros de la inteligencia, en la época misma en que la invasion bárbara iba á amenazar su existencia por tantas siglos.

§ III. PONTIFICADO DE SAN SIMPLICIO. *Primera parte* (27 de setiembre de 467 hasta el fin del imperio de Occidente, en 23 de agosto de 476).

13. Inminente era ya la ruina del imperio romano de Occidente, cuando subió al trono pontifical san Simplicio, el 27 de setiembre de 467. Las divisiones intestinas que le devoraban no hacian ya eco en las poblaciones indiferentes: estaban viendo á Antenio, asesinado por Ricimero, dejar el trono á Olibrio, á quien muy en breve reemplazó Glicerio, comandante de la guardia imperial. La fuerza vital de esta sociedad, mezclada de Bárbaros, acostumbrada á las conmociones políticas, extraña á los cambios diversos de sus señores, se habia concentrado toda en la Iglesia católica, cuyo gobierno presentaba, solo, un espectáculo de unidad intelectual y moral. San Simplicio, segun tradicion de sus mayores, y á fin de estrechar mas con la Sede Romana las diversas comarcas del mundo, nombró un vicario apostólico en España. Es de creer que esta costumbre estaba ya establecida para todos los demás reinos. Ya la hemos notado en Constantinopla, así como en la Iliria y Armenia.

14. La decadencia de los caracteres, señal de la caída de